

JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO
(Rosario, Santa Fe, Argentina 1885-1937)



Su nombre aparece cuando se amalgama el encuentro de la formación literaria con la bohemia porteña, a principios del siglo XX. Había nacido en 1885, hijo de un inmigrante gallego casado con una argentina. Ambos progenitores murieron durante la tierna infancia de José, por lo que sus familiares confiaron el niño a un sacerdote que lo enfocaría a la carrera eclesiástica, iniciando su formación en el Seminario de Orán, provincia argentina de Salta.

Allí aprovechó del estudio de la Biblia y de otras materias pero, aún siendo adolescente, se fugó. Ejerció luego diversos oficios manuales y espontáneas observaciones, incluida la observación de grupos étnicos que habitaban en esas latitudes. "He podido observar, en las largas correrías de mi infancia

por el norte argentino, las costumbres de las tribus maticas, tobas y chirihuanas (...). En sus borracheras, a la luz de la luna y alrededor de un tam-tam primitivo, especie de candombe de percusión, uno de los bailarines era el bufón, el cómico de los demás, que los hacía desternillarse de risa, en medio del rito religioso, con sus muecas y contorsiones... Estas eran, sin duda, caricaturas de los gestos del cacique viejo... del curandero de la tribu... del guerrero cojo". El futuro creador teatral, entonces advirtió que "antes de aprender a cantar, a bailar, a tocar un instrumento, a pintar o a esculpir -artes que llamaremos individuales-, el hombre, en su vida de relación debió hacer teatro propiamente dicho".

Estas convicciones guiarían su concepción estética -siempre ligada a la vida-. Se inició muy pronto, en diversos géneros que iban desde el monólogo a la zarzuela, del cuento escénico a la tragicomedia... ahondando en aspectos incógnitos de la condición humana y orientado hacia la construcción de un público que se beneficiara de la educación cívica e intelectual, sin desdeñar en circunstancias, la combatividad militante. Su ideario y práctica estaban inscriptos en las corrientes anarquistas, razones que le llevaron al exilio a Chile, en 1911. Allí trabajó de periodista, autor

Tango y Literatura

Por Rafael Flores Montenegro

teatral, vendedor de vinos... Al volver a Buenos Aires se radicó en el barrio de Boedo, convirtiéndose en referente de organizaciones y movimientos de las nuevas generaciones de muchachos inquietos por el progreso ciudadano. Intentado unir ideas y existencia, su hijo Cátulo cuenta de sus padres que nunca se casaron porque "convivir era una elección que no necesitaba la sanción del estado". Iban a la casa familiar Evaristo Carriego y Rubén Darío, que eran amigos; también conocidos payadores cuando empezaron a fijarse las letras de la inspiración repentista en canciones. Querían que Don José les diera su aprobación o las corrigiera.

Dirigió a lo largo de la vida diversas compañías y escribió más de una cincuentena de obras con temáticas muy distintas que introdujeron en escena el cabaret, la fábrica, el conventillo, el campo, los trenes, etc., habitados por personajes que no se agotaban en el maniqueísmo que suele emplearse en el desarrollo de obras destinadas al gran público.

González Castillo, junto al teatro ejerció el periodismo y la oratoria en numerosas organizaciones gremiales donde participó, escribió guiones para radioteatros y para el cine en las etapas de mudo y sonoro. En 1918, con compañeros de ideas, fundó la *Universidad Popular de Boedo*, dispuesta a la formación de estudiantes de las clases populares. Al poco tiempo continuaron con la fundación de la *Peña Pacha Camac* que además de caldero de talentos, fue escuela de música, dibujo, pintura y artes escénicas. Fue animador de tertulias memorables, en su barrio y en cafés históricos del centro como "*Los Inmortales*".

En el tango, además de las excelentes y bellísimas letras -no pocas-, puede considerarse el maestro de la generación que buscó conectar su poética a las vanguardias literarias europeas, sin despegarse del oído popular. Sus herederos

serán nombres como Homero Manzi, su hijo Cátulo Castillo, Nicolás Olivari... más tarde Homero Expósito y otros de la primera línea renovadora del tango.

Fue en la representación de una obra suya escrita en colaboración con Weisbach, "*Los dientes del perro*", en la que alumbró la idea de insertar una orquesta -la de Roberto Firpo- tocando tangos en escena. En el programa figuraba *Mi Noche Triste*, cantado por la actriz Manolita Poli. A la entrada del teatro se repartía la letra que la gente entonaba por fragmentos después. Estuvo un año en cartel sumando vigencia en el gusto popular a la grabación que un año antes, 1917 hiciera Gardel. A partir de este invento se difundió la puesta en escena de una orquesta que tocaba tangos y estrenaba canciones, mientras transcurrían episodios de barrio, cabaret, conventillo y los personajes evolucionaban en el contexto dramático.

Continuaron los tangos de su inspiración en obras donde la sensibilidad teatral dinamizaba el argumento cantado. Si observamos *Silbando*, por ejemplo, advertimos en la letra cómo se va pintando el escenario con la sensación de que algo inminente va a ocurrir después. En muy pocas líneas traza el conflicto, como en la poesía expresionista de esos años. ¡Tan lejos lo sentimos de las representaciones alardosas de los primeros tangos, como de la versificación decimonónica empeñada en la rima aún a costa de construir paisajes de utilería! Sus obras contaban historias perfiladas para un público directo que apreciaba el instante de la canción, como recibía los sainetes en la rauda epifanía de una puesta escénica.

Agregaría que el oficio periodístico también lo preparó a González Castillo en la candente inmediatez de los lectores diarios. Lectores que desean informarse, pensar o entretenerse cuando están con el periódico en la mano,

EN TARTAGAL

Publicite en los programas de mayor audiencia
a través de **RATING PRODUCCIONES**
AGENCIA AUTORIZADA por: "EL CON"

"REPORTER 4"

Noticias de 20 a 22 hs

por cable **VIDEOTAR**

"El noticiario de la noche"

"Tarde de perros"

Lunes a Viernes de 16 a 19 hs

FM CONTACTO

Conduce: **VÍCTOR CHALA SERRANO**

Contrataciones:

03873-555714 - 421386

Calle Bolivia 64 - Tartagal



por y de una vez, pues al día siguiente será otro contenido el que leerán, y así sucesivamente.

González Castillo -a semejanza de Pascual Contursi - puso en alto cómo hacer una letra de tango. Señala lo subjetivo que son las penas de amor, siempre en un contexto; a la vez que nos transmite la cercanía de los personajes, muchos de ellos desheredados hacia quienes prodigó sus indomables energías. Desde Evaristo Carriego venían reconociéndose vivientes en estas formas poéticas, hombres y mujeres, anónimos, concretos, del montón que generan las ciudades, seres que nunca llegarán a concejalías ni legislaturas, y cuyas existencias no trascienden en ninguna prensa.

Entre las polifacéticas andanzas constructivas, está su inserción en la producción cinematográfica para la que escribió guiones en películas como *Juan Moreira*, *Juan sin ropa*, *Resaca*, y *La ley que olvidaron*, que se filmó póstuma, un año después que al autor se le parara el corazón, aún pronto diríamos. Tenía cincuenta y dos años... y el prestigio de maestro ante propios y extraños.

Hay títulos de González Castillo con asombrosa vigencia en la actualidad. El mencionado *Silbando*, al que su hijo Cátulo y Sebastián Piana pusieron la música; *El aguacero* y *Organito de la tarde*, también con Cátulo;

Griseta, con Enrique Delfino; *Aquella cantina de la ribera*, con Cátulo, *El viejo vals*, con Charlo, y otros títulos con Maglio, Cobián, Bhor, Ricciardi, etc.

Acerca del tango *AQUELLA CANTINA DE LA RIBERA* (1926), una memoria

Podríamos escoger diversos poemas de González Castillo y leerlos evocando la música con delectación. Pensamos ahora, en *AQUELLA CANTINA DE LA RIBERA*, música de Cátulo Castillo. El poeta procede con una maniobra estética que le es característica: crear una situación, un escenario con potentes brochazos expresionistas. Como un viejo faro, la cantina alumbró el corazón humano ahíto de distancias y de borrascas en los marineros que acuden a beber, cruzar anécdotas, escuchar música y evocar paisajes de trabajos, enigmas y problemas. Etnias y procedencias múltiples, reunidos allí, igualados en la atmósfera ceremonial porque han olvidado -por momentos- la ruta del mar.

Reunidos y ajenos, beben ron y gin, se embriagan en lenguas extrañas, y en "la tormenta de una jazz-band". ¿Qué otras cosas van a hacer, en el receso momentáneo de sus ocupaciones? Los cuatro rumbos del mundo los han arrojado al opulento puerto de Buenos Aires. Entre carga y descarga, desgranan

un tiempo de ocio que, a veces, conforma los pormenores del vivir. La cantina los recoge para la distracción festiva y nostálgica donde rubias mujeres, ocasionalmente los van a distraer. Fluye el poema en poderosas imágenes y colores que puján con la realidad y se imponen. Estamos metidos en el cuadro, preparados para cualquier acontecimiento de consecuencias intempestivas.

Todo parece ya dado y previsible, hasta que, en sus brumas de alcoholes y ausencias, aparece una ragazzina, más breve y ardiente que el ron y que el gin, a cantar en el doliente compás de un tango. Pareciera que va a pasar algo inesperado. Hay expectación en ese pincelazo de azul en el gris de las cosas previsible, un acontecimiento que eleva el tono centrado en el fuego que se condensa en los ojos y la piel de la muchacha. Pueden sucederse disputas, inmersiones en el oleaje de la pasión repenti-

namente sobrevenida. Pero los lobos de mar, los sabedores de tantas rutas se refrenan... ¿Qué ha pasado? ¿No es ahora el olvido que trae el alcohol y la música tras las dilatadas travesías? ¿Por qué no embriagarse en una incógnita aventura allí?

En las películas como en los dramas espectaculares, se instalan cantinas en la niebla para que luego botellazos, puñales o revólveres impongan el desenlace que resuelve todas las sospechas sobre la conducta humana en lances de opuestos. Aquí nada de eso sucede. A modo de manifiesto de que ni la vida ni el arte libre juegan el mismo juego... los marineros que conocen torvas rachas del mar, graves, escuchan. Escuchan a sabiendas de que "hay en el fondo de su canción/ todo el peligro de las borrascas/ para la nave del corazón".

AQUELLA CANTINA DE LA RIBERA (1926)

Brillando en las noches del puerto desierto, como un viejo faro, la cantina está llamando a las almas que no tienen puerto porque han olvidado la ruta del mar.

Como el mar, el humo de niebla las viste y envuelta en la gama doliente del gris parece una tela muy rara y muy triste que hubiera pintado Quinquela Martín.

Rubias mujeres de ojos de estepas, lobos noruegos de piel azul, negros grumetes de la Jamaica, hombres de cobre de Singapur.

Todas las pobres almas sin rumbo que aquí a las plazas arroja el mar, desde los cuatro vientos del mundo y en la tormenta de una jazz-band.

Pero hay en las noches de aquella cantina como un pincelazo de azul en el gris, la alegre figura de una ragazzina más breve y ardiente que el ron y que el gin.

Más breve cien veces que el mar y que el viento, porque en toda ella como un fuego son el vino de Capri y el sol de Sorrento que quemán sus ojos y embriagan su voz.

Cuando al doliente compás de un tango la ragazzina suele cantar, sacude el alma de la cantina como una torva racha de mar.

Y es porque saben aquellos lobos que hay en el fondo de su canción todo el peligro de las borrascas para la nave del corazón.

Letra: José González Castillo. Música: Cátulo Castillo.